

# A LOS CABALLEROS DE LA ORDEN TEUTÓNICA

## UNA EXHORTACIÓN

### PARA QUE ABANDONEN LA FALSA CASTIDAD Y ADOPTEN LA VERDADERA CASTIDAD DEL MATRIMONIO

Martín Lutero

1523

MARTÍN LUTERO

Gracia y paz en Cristo. Amén.

No se sorprendan, queridos Caballeros de la Orden Teutónica, de que me haya atrevido a dirigirme a ustedes con un escrito especial y a aconsejarles que abandonen su castidad impura y se casen. Mis intenciones son completamente buenas. Además, muchos hombres sinceros e inteligentes consideran que no solo es útil, sino incluso necesario, que ustedes hagan esto, porque su orden es, de hecho, una orden única, que se diferencia de otras principalmente en que fue fundada con el propósito de hacer guerra contra los infieles. Por lo tanto, debe empuñar la espada mundana y ser una orden secular al mismo tiempo que es una orden espiritual, y hacer y mantener los votos de castidad, pobreza y obediencia como lo hacen otros monjes. La experiencia diaria y la razón nos enseñan demasiado bien cómo funciona esa combinación.

Aunque en otros libros ya he escrito lo suficiente sobre la abominación de la "castidad espiritual" y he demostrado de manera convincente que tal voto no es nada en absoluto y no debe mantenerse, a menos que un hombre tenga la gracia especial de Dios (la cual, sin embargo, puede obrar no solo la castidad, sino también todas las demás cosas igualmente sin tal voto y ley); aún así no he podido abstenerme de enviar a los miembros de su orden una exhortación especial sobre el tema. Tengo una fuerte opinión y una gran esperanza de que su orden pueda establecer un excelente y poderoso precedente para todas las demás órdenes si es la primera en seguir este camino. Esto podría llevar a una disminución de la impureza en otros lugares y a un aumento más rápido del fruto del Evangelio.

Porque, en primer lugar, su orden tiene la ventaja de estar provista de las necesidades de la vida. Su riqueza puede distribuirse entre los caballeros para que puedan convertirse en terratenientes y supervisores, o entrar en alguna otra esfera de utilidad. No sufren de esa pobreza miserable que mantiene a muchos frailes mendicantes y a otros monjes en el monasterio para poder proveer a sus estómagos. Un caballero teutónico viviendo de esta manera podría, no obstante, ser

enviado a la guerra o a cualquier servicio que se necesite, y con más facilidad que bajo las condiciones actuales. Con el tiempo, la orden podría desarrollarse en una verdadera orden de caballería que estaría libre de hipocresía y de un nombre falso ante los ojos de Dios, y sería aceptable para el mundo.

En segundo lugar, difícilmente alguien dudará de que la Orden Teutónica, en ese caso, sería menos onerosa y más aceptable para todos sus súbditos que en la actualidad. Porque es notorio que en el estado actual ni Dios ni el mundo obtienen mucho beneficio de ella. Además, los caballeros son sospechados y desagradables porque todos saben cuán rara es la castidad, y cada hombre debe temer por su esposa e hija. Porque los que no están casados no pueden ser confiables, ya que incluso aquellos que están casados deben estar constantemente en guardia para no caer, aunque entre ellos hay más justificación para la esperanza y la confianza. Entre los no casados no hay ni esperanza ni confianza, solo un temor constante.

Tercero, podemos esperar con confianza que la Orden Teutónica no se vería perjudicada por tal procedimiento, y no hay razón para temer que los caballeros puedan ser atacados por ello; especialmente si el cambio surge de una comprensión cristiana del asunto y cuenta con la aprobación y acogida de sus súbditos, como se sugirió anteriormente. Y no hay duda de que también hay muchos caballeros prominentes que estarían contentos con esto, ya que realmente desean vivir vidas decentes. Aunque algunos pondrían mala cara al principio, con el tiempo superarían eso, o su desagrado, en el peor de los casos, sería inofensivo. En todo caso, se espera que de ahora en adelante pocas personas se hagan monjes y "espirituales", porque el Evangelio comienza a brillar, y revela tal "espiritualidad" de manera que aquellos que ahora son los últimos y seguirán siendo los últimos se verán obligados a proveer para sí mismos lo mejor que puedan.

Aunque estas son consideraciones humanas que solo tienen peso en el mundo, y debido a las cuales nada que deba ser válido ante los ojos de Dios debe hacerse o dejarse de hacer, comenzarse o cambiarse, sin embargo, deben tenerse en cuenta porque hacen que este asunto sea aceptable a los ojos de las personas. Porque tenemos argumentos más fuertes y dignos que estos para probar que esto agrada a Dios. Con Dios pronto estaríamos de acuerdo en este tema y llegaríamos a un acuerdo definitivo con Él. Es el mundo el que es quisquilloso y difícil de complacer en las cosas que conciernen a Dios; por lo tanto, debemos presentar tales argumentos para que al menos podamos ofrecer una pequeña prueba a esa pobre ramera del diablo, y con ello hacer todo lo posible por calmarla y contentarla. Si acepta esa prueba, bien; si no, le desearemos buen día, y a pesar de ella haremos lo correcto y dejaremos de hacer lo incorrecto. Es suficiente que agrade a Dios.

Por lo tanto, expondremos varios argumentos que son válidos ante Dios, para probar que el estado del matrimonio le es bien agradable. Dios dice en Génesis 2:18: "No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda idónea para él", etc. Estas son palabras de Dios, y no pueden entenderse sino por fe. Porque ni la razón ni la naturaleza pueden entender que una esposa sea una ayuda para su esposo. Más bien, todos escriben y claman en contra de esto como vemos y oímos, y en este punto todo el mundo debe considerar a Dios como un mentiroso. Y por eso el papa también se ha convertido en maestro de Dios y ha dictado el decreto en su derecho canónico, que una esposa no es una ayuda, sino un obstáculo para el servicio de Dios; por lo tanto, quien desee servir a Dios no debe tener esposa. Y

eso es cierto; el dios al que sirve el papa no puede ser servido por la obra de nuestro Dios.

Esto fue predicho del papa hace mucho tiempo por el profeta Daniel, quien dice en Daniel 11:37: "No entenderá a las mujeres casadas", o "no respetará a las mujeres casadas". Pero a las ramera debía respetarlas, y peor que eso. Pero quien quiera ser un verdadero cristiano debe admitir que este dicho de Dios es verdadero, y creer que Dios no estaba borracho cuando pronunció estas palabras e instituyó el matrimonio. Bueno, si yo hubiera hecho mil votos, y si cien mil ángeles, por no mencionar a uno o dos pobres sacos de gusanos como el papa, dijeran que debería prescindir de una compañera, y que es bueno estar solo, ¿qué me importaría esos votos y mandamientos cuando se oponen a esta palabra: "No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda idónea para él"? A menos que sucediera que Dios mismo, por algún milagro, me hiciera una excepción, ya que San Pablo dice en 1 Corintios 7:7, debe ser un don especial.

¡Ahora contrastemos a Dios y al hombre! Dios dice: "Deseo que tengas una ayuda y que no estés solo, y para Mí ese arreglo es bueno". El hombre dice: "No es así, te equivocas; te hago un voto de que prescindiré de una ayuda, y para mí es bueno estar solo". ¿Qué es esto sino corregir a Dios? ¿Y qué es corregir a Dios sino exaltarse por encima de Él? ¿Cómo puede tal voto o mandamiento ser válido u obligatorio? Más bien, ¿cómo podría tal voto escapar de ser peor que cualquier forma de adulterio o impureza? ¿Qué buena fortuna podría sobrevenir a tal voto y tal castidad, que sin el apoyo de un milagro divino se basa solo en la caprichosa elección de un hombre y contradice tan blasfemamente la palabra de Dios? Si Dios ha obrado un milagro, no hay necesidad de un voto. Si Dios no ha obrado un milagro, el voto es contrario a Dios y blasfema la palabra y la obra de Dios.

Pero escuchemos algunas de las cosas que dicen en su ciega necedad. Sus argumentos favoritos, de los cuales se jactan en voz alta, son estos: que este estado de castidad y el voto son una tradición antigua, enseñada y confirmada por muchos concilios y santos padres desde los días de los Apóstoles, y que ahora son aceptados como tales en todo el mundo. Alegan que no se puede creer que Dios haya permitido que tanta gente haya errado durante un período tan largo de tiempo. Muy bien. Pero si les preguntara si estarían dispuestos a morir por su convicción de que una práctica tan antigua no es errónea y que los concilios y los padres no se han equivocado, lo pensarían dos veces cuando la muerte se acercara. Pero ahora que viven, valiente y audazmente dicen y escriben que los hombres deben creer lo que ellos mismos entonces dudarían seriamente. Bueno, que mueran en esa fe; yo no lo haré.

Pero ¿qué tienen que decir al hecho de que Dios es más antiguo que todos sus concilios y padres? Además, Él es mayor y cuenta más que todos los concilios y padres. La Escritura también es más antigua y cuenta más que todos los concilios y padres. Además, todos los ángeles están del lado de Dios y de la Escritura. Además, la práctica que existía desde los tiempos de Adán también es más antigua que la práctica que se originó con los papas. Si la antigüedad, por tanto, la duración de los años, la grandeza, el número y la santidad de los hombres, son razones suficientes para creer en algo, ¿por qué creen en los hombres, cuya historia data de hace tan poco tiempo, y no creen en Dios, quien es el más antiguo, el más grande, el más santo y el más poderoso de todos? ¿Por qué no creen en todos los

ángeles, cuando uno de ellos cuenta más que todos los papas? ¿Por qué no creen en la Escritura, de la cual una sola palabra tiene más autoridad que los libros de todo el mundo? ¿Por qué no creen en la naturaleza humana que está en nosotros por la creación de Dios, ya que una obra de Dios es más poderosa que todas las palabras, pensamientos y sueños de todos los hombres y demonios? (La Antigüedad como Autoridad).

Deberíamos, en verdad, si tuviéramos una chispa de razón en nosotros, sentir una profunda vergüenza por albergar una sola duda, y mucho menos por levantar objeciones, cuando escuchamos la Palabra de Dios, ante cuyo sonido todos los ángeles se inclinan y toda criatura se asombra. Ahora bien, aquí tenemos una palabra de Dios, que dice: "No estarás solo, sino que tendrás una ayuda, a menos que Yo haga otra provisión para ti". Ante esta palabra deberíamos temblar y tener miedo, como todos los ángeles y todas las criaturas desde el principio del mundo lo atestiguan. En cambio, nos presentamos y exaltamos muy por encima de ella un voto que hicimos ayer y un sueño del papa que es de origen reciente; incluso debemos escuchar el comentario de los hombres: "¡Tal voto no puede errar, Dios no ha permitido que estos padres se equivoquen!" Así que resulta increíble que los pobres hombres puedan errar, quienes viven y sueñan por un momento, y se considere digno de creerse que el Dios eterno yerra en Su Palabra y Sus obras, y que todos los ángeles y las criaturas cometen errores. ¡Ay, ay, ay! ¡Qué indescriptible es nuestra ceguera, qué locura y sinsentido nuestra blasfemia! (Job 26:11) (Génesis 2:18).

Pero así debe ser: la Palabra de Dios debe ser la cosa más maravillosa en el cielo y en la tierra. Por eso debe, al mismo tiempo, realizar dos obras opuestas: dar perfecta luz y gloria a los que creen, y traer ceguera total y vergüenza a los que no la creen. Para los primeros debe ser la más cierta y conocida de todas las cosas, para los segundos debe ser la más desconocida y oculta de todas las cosas. Los primeros deben alabarla y bendecirla sobre todas las cosas, los segundos deben blasfemarla y calumniarla por encima de todo, para que así pueda seguir su curso perfecto y no cumplir pequeñas obras, sino extrañas y terribles obras en los corazones de los hombres. Como dice San Pablo en 2 Corintios 4:3, que nuestro Evangelio, si está escondido, está escondido en aquellos que se pierden.

Tienen otra manera muy fina de probar su posición. Ceden ante nosotros hasta el punto de admitir que tenemos razón y que esto es lo que Dios ha dicho en la Escritura; pero afirman que la Iglesia ha cambiado y abrogado todo eso, y por lo tanto los hombres no deben casarse a menos que un Concilio reafirme lo que Dios ha dicho y les otorgue permiso, para que los decretos de la Iglesia no se rompan y se mantenga la obediencia a la iglesia. ¡Ciertamente, que Dios os haga reverencia, queridos jóvenes! Eso sería excelente, daros a vosotros el honor que pertenece a Dios y elevaros por encima de Él, y luego decir: "Es correcto y debe hacerse porque vosotros lo permitís; pero incluso si Dios lo mandó, y como vosotros mismos admitís, claramente quiere que los hombres lo hagan, sin embargo, no sería correcto ni debería hacerse a menos que también añadierais vuestro consejo y consentimiento." ¿Quién os dio el poder para cambiar una palabra de Dios, abrogarla y restaurarla? Entonces, ¿vamos a llevar a Dios a la escuela y suavizar las plumas del Espíritu Santo? Decidme, ¿quién ha oído alguna vez una

abominación más abominable? Y estas son las declaraciones de hombres que afirman gobernar sobre las almas.

Nosotros, por el contrario, afirmamos nuestra posición de esta manera: los concilios pueden tomar decisiones y emitir decretos en asuntos que son temporales o que aún no han sido claramente establecidos. Pero cuando podemos ver claramente cuál es la Palabra y la voluntad de Dios, no esperaremos ni por los concilios ni por los decretos y decisiones de la Iglesia, sino que temeremos a Dios y con valentía haremos conforme a esa Palabra y voluntad de Dios sin detenernos a pensar si se convocarán concilios o no. Porque no estoy dispuesto a esperar hasta que los concilios decidan si debemos creer en Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra, en su único Hijo, Jesucristo nuestro Señor, en el Espíritu Santo, etc. Y lo mismo con todas las demás partes manifiestas, claras y ciertas de las Escrituras que es necesario y provechoso que yo crea. Porque, supongamos que los concilios se retrasaran, y yo tuviera que morir antes de que llegaran a una decisión, ¿dónde permanecería mi alma mientras tanto, ya que no sabe qué creer, pero debe esperar la decisión de los concilios, y sin embargo necesito fe aquí en la tierra?

Digo además, aunque uno, dos, cien, mil o incluso más concilios decretaran que los hombres “espirituales” pueden casarse, o cualquier otra cosa que la Palabra de Dios ya ha decretado que debe hacerse o dejarse de hacer, yo preferiría mirar a través de mis dedos y confiar en la misericordia de Dios en el caso de un hombre que durante toda su vida mantuvo una, dos o tres amantes antes que en el caso de un hombre que se casó con una esposa en obediencia a los decretos de tales concilios, y que sin tal decreto no se atrevería a casarse. Y en el nombre de Dios, mandarí y aconsejaría a todos los hombres que cualquier hombre que no quisiera perder la salvación de su alma no tomara esposa en virtud de tal decreto, sino que más bien viviera en castidad más estricta que antes; o si eso fuera imposible para él, no debería desesperarse en su debilidad y pecado, sino pedir la ayuda de Dios. Y voy a dar mi razón.

La fornicación o la impureza es ciertamente un gran pecado, pero en comparación con la blasfemia es insignificante. Porque el mismo Cristo dice en Mateo 11:22 que será más tolerable para Sodoma y Gomorra, aunque sus pecados excedieron la simple impureza, que para Capernaum, Betsaida, y todos los grandes santos y fariseos de ese tiempo. Y en Mateo 21:31 dice además que las rameras y los pecadores entrarán en el reino de los cielos antes que los fariseos y escribas, aunque estos eran hombres piadosos, castos y honorables. ¿Por qué? Porque resistieron las palabras de Dios, el Evangelio, mientras que las rameras y los pecadores, aunque pecaron, al menos no resistieron el Evangelio.

Ahora, esto se aplica a nuestro caso de esta manera: quien toma una esposa bajo la autoridad de los decretos de los hombres o de acuerdo con las decisiones de los concilios, y sin ellos no lo haría, aunque ya tiene el mandato y el decreto de Dios que le permite hacerlo, desprecia en su corazón la Palabra de Dios y la pisotea; porque exalta a los hombres por encima de Dios y confía más en las palabras y enseñanzas de los hombres que en la Palabra y enseñanzas de Dios. Al hacerlo, actúa directamente en contra de la fe, niega a Dios mismo y coloca a los hombres como falsos dioses en lugar de Dios. De esta manera, su cuerpo se casa legalmente y se vuelve casto exteriormente, por la tontería de los hombres, pero su alma dentro de él se convierte en una ramera y adúltera doble a través de la incredulidad, la

desconfianza, el desprecio de Dios, la idolatría y la negación de la santa Palabra de Dios; ¿y quién puede enumerar todas las abominaciones de un corazón apóstata como ese? ¿No es este un buen cambio en la castidad de un hombre, volverse legalmente casado exteriormente, y doblemente soltero internamente? Ved, entonces, cuán fieles son los pensamientos de aquellos que quieren traer alivio en este asunto mediante sus concilios y decretos, y acabar con la obediencia a la Palabra de Dios.

¿Cuánto menor crees tú que es el pecado de quien mantiene una amante en comparación con el de quien toma esposa bajo esas condiciones, y cuán más cercano está a la misericordia de Dios? Especialmente si ese fornicador se casaría gustosamente, pero se ve obligado por la debilidad de su naturaleza y la autoridad de los hombres que le prohíben casarse, y así es llevado al pecado. ¿No crees que Dios mirará su corazón, que gustosamente haría según la Palabra de Dios, y que también lo reconoce, no lo niega, y da a Dios el honor que le corresponde en Su Palabra? ¿No será Dios mucho más misericordioso con él porque está desacreditado a los ojos del mundo? Aunque yo sostengo que tal caso nunca ocurrirá. Porque a quien Dios concede el conocimiento de Su Palabra, también le concederá castidad, o le permitirá vivir en un matrimonio secreto, o lo fortalecerá si contrae un matrimonio público y es perseguido y sufre por ello.

Por lo tanto, si algún hombre "espiritual" quiere casarse, que se aferre a la Palabra de Dios, confíe en ella y en el nombre de Dios se case, independientemente de si los concilios preceden o siguen. Que diga: Dios dice en Génesis 1 y 2 que yo soy un hombre y tú una mujer, y que debemos y tenemos que unirnos para multiplicarnos; de eso nadie puede ni debe impedirnos o prohibirnos hacerlo; ni tenemos el poder para prometer lo contrario. Confiando en esa palabra, nos aventuramos y lo hacemos, en franca oposición y contradicción a todos los concilios y las iglesias, a todos los decretos de los hombres, a todos los votos, costumbres y cualquier otra cosa que pueda estar o haya estado alguna vez en contra de ello. Cerremos ojos y oídos, y llevemos solo la Palabra de Dios a nuestros corazones. Y si los concilios y los hombres nos permiten hacerlo en el futuro, no deseamos su permiso, y debido a su permiso no haremos ni dejaremos de hacer nada. (Génesis 1 y 2).

Porque no me satisfará si los concilios o la iglesia, según lo entienden, permiten o decretan tal cambio; tampoco deseo deberles por ello, ni pedírselo, ni solicitárselo. Deben y tendrán que hacerlo, y no solo eso; primero que nada, deben devolver a Dios el honor que le es debido, y confesar abiertamente ante todo el mundo que, al prohibir el matrimonio, han contradicho a Dios y a Su santa Palabra como los asesinos del alma que son, y han inundado al mundo entero con impureza, condenado la Palabra de Dios, hecho al diablo su falso dios y se han exaltado por encima de Dios, y así, por pura inspiración del diablo en lugar del Espíritu Santo, no han sido obispos y maestros, sino lobos, ladrones, asesinos y seductores.

Que primero confiesen estas abominaciones, se arrepientan de ellas y hagan satisfacción por ellas, y de esta manera, por su propia voluntad, se humillen ante todo el mundo y una vez más honren la Palabra de Dios que tan vergonzosamente han suprimido, blasfemado y deshonorado en todo el mundo. Tan pronto como hagan esto, y no antes, reconoceremos y prestaremos atención a su permiso. Sí, dirás, pero ¿cuándo será eso? ¿Cuándo lo harán? Bien, entonces, que se queden con

sus concilios y decisiones, y vivan de acuerdo con ellos; no nos dejaremos guiar por ellos, ni los escucharemos ni los veremos. También sé muy bien que no lo harán, porque desean ser admirados y no ser vistos como hombres que han estado en error hasta ahora. Pero aún así, lograremos enseñarles que deben hacerlo, quieran o no. Serán avergonzados públicamente, como dice Pablo en 2 Timoteo 3:9, ya sea que lo hagan de buen grado o no; eso, y nada más, aunque su número fuera diez veces mayor de lo que es, y cada uno de ellos tuviera tanto poder como todos juntos tienen ahora.

La Palabra de Dios lo hará; ya está resplandeciendo y revelando su vergüenza. Esa luz no la podrán apagar. Cuanto más intenten apagarla, más la avivarán y harán que brille con mayor intensidad. Eso es lo que ya está ocurriendo, por mucho que ellos rabien y se irriten. No les servirá de nada decir: "¿Puede un monje impotente ser más sabio que el mundo entero?" Sí, el monje es impotente, pero Otro será omnipotente, y los hará a todos ellos lo suficientemente impotentes. Confía con seguridad en eso. Que el verdadero Dios permita que los hombres le moldeen la nariz a su antojo, y que Su Palabra, a la cual Él se ha comprometido, solo tenga valor si les agrada a esos sacos de porquería, les dejo eso a ellos, que esperen como se merecen. Pero aprenderán la verdad a su debido tiempo.

En tiempos antiguos, los romanos hacían lo mismo. Habían reunido en su ciudad a los dioses de todos los pueblos; pero cuando oyeron hablar de Jesucristo, de que algunos lo consideraban un Dios, no lo reconocieron como tal, por la simple razón de que no había un decreto del senado romano que lo autorizara, y la creencia había surgido en otro lugar. Porque estos hombres orgullosos pensaban que tenían el poder de decir quién debía ser un dios, y que nadie más se atrevía a serlo. ¿Qué era esto sino decir: "Nosotros, los senadores romanos, somos dioses por encima de todos los dioses, y podemos hacer dioses a quienes queramos"? Y eso fue lo que hicieron. Por lo tanto, Cristo no pudo convertirse en Dios entre ellos. Eso es lo que nuestros jóvenes están haciendo ahora con sus concilios. La Palabra de Dios debe esperar y no ser la Palabra de Dios hasta que ellos le den permiso.

Sí, son peores que los romanos, porque al menos los romanos habrían hecho un dios de aquel que se consideraba como tal. Nuestros jóvenes de los concilios quieren decretar lo que es enteramente suyo, y luego se supone que es correcto simplemente porque lo decretan, sin importar si Dios ha hablado antes o no, o si había un Dios antes o no. Y tienen la idea de que, si Dios hablara una palabra incluso en nuestros días, ellos deberían tener la autoridad para juzgarla y sentenciarla, para decretarla, derogarla, permitirla o prohibirla; en todo sentido consideran a nuestro Dios como un trozo de cera blanda que pueden moldear en un cerdo, un cuervo o cualquier otra forma que deseen. Así es como también los judíos convirtieron a Dios en un becerro de oro. Estas cosas son, de hecho, horribles y abominables, y suficientes para romper el corazón de un cristiano.

Pero tengo la esperanza de que Cristo ha preservado para sí algunos obispos, o aún los preservará, para que reflexionen seriamente y lleguen al verdadero conocimiento de Dios, y ya sea que abandonen su horrible y abominable oficio o lo restauren a la condición de un verdadero oficio episcopal. E incluso si ninguno se convirtiera, o si las conversiones se mantuvieran en secreto, nosotros, que tenemos la clara Palabra de Dios, no debemos detenernos, ni mirar hacia atrás para ver cuáles son sus decisiones o si nos siguen. Porque Cristo no quiso que San

Pedro preguntara o se preocupara por lo que Juan o cualquier otro haría, sino que le dijo: "¿Qué te importa a ti? Sígueme tú", como diciendo: Ya que tienes Mi palabra, es tu deber seguir tu camino y cumplir con lo que te ordeno, y dejar a los demás conmigo, ya sea que me sigan o no. (Juan 21:20)

Por lo tanto, todos, aunque sean tan duros como una piedra, deberían estar justamente asustados al oír y sentir que su voto de celibato, a menos que Dios haya obrado un milagro, va más allá y contradice esta palabra de Dios: "Es Mi voluntad que no estés solo, sino que tengas una ayuda", y que los célibes viven bajo la terrible sentencia que dice Daniel: "No respetaré a las mujeres casadas", lo que equivale a decir: Es cierto que evitará a las mujeres casadas, no porque ame la castidad o sirva a Dios, como pretenderá para engañar al mundo, sino para tener una vida fácil y librarse de las preocupaciones y dificultades del matrimonio, y aun así ni vivir castamente ni servir a Dios, sino ser más libre para practicar la prostitución y la villanía. Eso es porque no entiende las palabras de Dios, en las que Él dice que no es bueno que el hombre esté solo. Porque, como se dijo antes, estas palabras son espíritu y vida, como todas las palabras de Dios, y deben ser entendidas por la fe; de modo que su significado no es que este bien sea bueno para la carne (no, es una carga, como dice San Pablo), sino para el espíritu. Porque a los ojos de Dios es una buena obra preciosa y noble educar y formar a los hijos, gobernar a la esposa y a los sirvientes de manera piadosa, ganarse el sustento con el sudor de la frente, y soportar muchas desdichas y dificultades en la persona de la esposa, los hijos, los sirvientes y otros. Tal bien no hace mucho alarde. "Es un mal", dice el papa, "y obstaculiza al hombre en su servicio a Dios", es decir, es un obstáculo para una vida placentera y perezosa. Pero el que cree en ello y lo entiende correctamente, ve cuán bueno es para el alma, aunque es un mal para la carne y sus deseos. (Génesis 2:18) (Daniel 11:37) (Juan 6:63) (1 Corintios 7:28).

Por esta razón, Dios ha honrado el matrimonio poniéndolo en el Cuarto Mandamiento, inmediatamente después del honor que se le debe a Él, y manda: "Honrarás a tu padre y a tu madre". ¡Muéstrame un honor en el cielo o en la tierra, aparte del honor a Dios, que pueda igualar este honor! Ni el estado secular ni el espiritual han sido tan altamente honrados. Y si Dios no hubiera pronunciado nada más que este Cuarto Mandamiento en relación con la vida matrimonial, los hombres habrían debido aprender bastante bien con este Mandamiento que, ante los ojos de Dios, no hay oficio, estado, condición ni trabajo más elevado (después del Evangelio, que concierne a Dios mismo) que el estado del matrimonio. (Éxodo 20:12).

Pero muchos todavía vienen con el viejo argumento y gastan mucho aliento en él, diciendo que es deshonroso para un hombre hacer un voto de castidad a Dios y no cumplirlo, ya que incluso a los ojos del mundo, aquel que no cumple su voto y se convierte en perjurio es considerado infiel y deshonroso. Algunos de la nobleza, especialmente, se ponen azules del esfuerzo con tales discursos necios, y sobre todo aquellos que, en verdad, deberían hacer muchos votos y hablar mucho sobre hacerlos, pero han hecho poco esfuerzo por cumplir con ninguno de ellos; nunca en sus vidas han pensado seriamente en querer cumplir con la mínima parte de lo que solemnemente prometieron a Dios en su bautismo, ni en reconocer que aún tienen esa deuda; tan completamente les pasa desapercibida la viga en sus propios ojos,

y tan claramente ven la astilla en los ojos de los demás. (Argumento para cumplir el voto) (Mateo 7:3).

Son corazones toscos y endurecidos, que ni sienten las cosas por sí mismos ni quieren aprender de otros, como los yunques de los herreros, como dice Job; ¡se empeñan en seguir su locura! ¿Cuántas veces diré que un voto que no se puede cumplir y que se hace en contra de la Palabra de Dios no es un voto y no debe ser cumplido? Es como el hombre que dice: "Mi madre hizo un voto de que yo me convirtiera en obispo". Ahora, si les preguntara si un hombre que ha jurado cometer adulterio o matar a un inocente debe cumplir su voto, o si yo debo cumplir mi voto si he prometido aferrarme al cielo y montar en los rayos del sol, o flotar en las nubes, espero que tendrían que decir que no; el primer voto sería incorrecto y no debe cumplirse, y el segundo sería una tontería y podría confiarse en que no se cumplirá. (Job 41:15)

En este caso también digo, por lo tanto: Todos hemos sido creados para hacer lo que hicieron nuestros padres, engendrar y criar hijos. Esta es una obligación que Dios nos ha impuesto, nos ha ordenado y ha implantado en nosotros, como lo demuestran los miembros de nuestros cuerpos, nuestras emociones diarias y el ejemplo de todos los hombres. Ahora bien, si Dios mismo no realiza un milagro y permaneces soltero y haces un voto de castidad, haces exactamente lo mismo que quien promete cometer adulterio o cualquier otra cosa que Dios ha prohibido. Y vemos y entendemos cómo se queda sin cumplir por sí mismo, porque es un voto imposible y tonto, y por qué la impureza crece cada vez más desenfrenada y vergonzosa, hasta el punto de volverse innombrable. Sin embargo, estos hombres obstinados desean obligar a un hombre a no sentir que tiene un cuerpo de hombre, y a una mujer a no sentir que tiene un cuerpo de mujer.

Un punto más debe ser considerado. Casi no tengo duda de que muchos obispos, abades y otros miembros del estado espiritual se casarían si no fueran los primeros, si tuvieran precedentes abundantes y si dicho matrimonio se hubiera vuelto habitual, de modo que ya no trajera deshonra ni peligro para un hombre, sino que fuera aprobado y honorable a los ojos del mundo. En verdad, ¿quién no desearía eso? ¿Qué decimos a esta objeción? Si tienes la Palabra de Dios, que deberías y puedes obedecer, y esperas que otros lo hagan primero, es como si dijera: No creeré en Dios ni lo serviré hasta que vea a todos los turcos, paganos y judíos creyendo y sirviendo a Dios. Espera, si lo deseas. Pero mientras tanto, irás al diablo con los paganos y los judíos, porque desprecias la Palabra de Dios y estás dispuesto a servirle no por Su propia causa, sino por la causa de otros hombres, y al hacerlo honras y consideras a los hombres más que a Dios y Su Palabra.

A estos los puedo comparar con la esposa de Lot, quien también miró hacia atrás para ver qué hacían los hombres de Sodoma y Gomorra, y se convirtió en una estatua de sal. Pues ella también había recibido una orden de no mirar hacia atrás, sino de obedecer la palabra del ángel sin volverse. Cristo mismo hace una aplicación similar en Lucas 17:31, donde habla de los días malos y de cómo los hombres serán desviados y engañados, y advierte que nadie debe pensar en lo que ha dejado atrás ni volver a su casa para tomar algo, y dice: "Acordaos de la mujer de Lot"; lo cual es tanto como decir, en las palabras que le habló a Pedro, "Sígueme tú". Que el que se retrase, se retrase, que el que espere, espere; tú no mires a nadie, sino solo a Mi palabra, y luego sigue adelante con valentía. Esto es lo que también

debemos hacer nosotros en estos tiempos peligrosos en esta cuestión del matrimonio; si sientes tu naturaleza y ahora sabes que Dios desea que te cases, debes continuar, aunque seas el primero y el único en casarte, sin importar lo que todos los hombres, amigos y enemigos, canten y digan al respecto. Si eres avergonzado y calumniado por ello, ten en cuenta esto: la Palabra de Dios es mayor, Su alabanza es más poderosa, Su testimonio es más glorioso que el de todos los hombres, incluso si hubiera más de mil mundos llenos de ellos. (Génesis 19:26) (Génesis 19:17) (Juan 21:22)

Y dado que te abstienes del matrimonio o lo pospones, no por consideración a Dios, sino solo por consideración al mundo, puedes ver claramente a quién estás sirviendo, y que todo tu vivir en castidad mientras tanto es trabajo perdido. El que quiera esperar hasta que el mundo hable bien de las cosas divinas o no se ofenda en ellas, deberá esperar mucho tiempo. Pero es abominable que el diablo haya hecho que entre los cristianos un hombre deba ser tímido, temeroso y preocupado incluso por casarse, aunque el matrimonio desde el principio ha sido y sigue siendo libre y honorable incluso entre los paganos y en todo el mundo. Tan completamente ha destruido el gobierno papal toda la Palabra y obra de Dios, y por primera vez se plantea la pregunta de si es deber y privilegio de un hombre ser hombre, y si el voto por el cual promete no ser un hombre es válido.

Pero eso es correcto y propio para el mundo; esa es la forma en que su dios y príncipe, el diablo, debe gobernarlo. Pues hace lo mismo en todas las demás cosas también. El robo es el pecado más pequeño a los ojos de Dios, porque afecta solo a los bienes temporales; pero el mundo lo castiga más severamente que a todos los demás. Luego viene el adulterio, que es un pecado mucho mayor; y eso ahora queda impune en todo el mundo. Luego viene el asesinato; y eso le otorga honor a un hombre en el mundo, si es lo suficientemente audaz y malvado como para matar a otro hombre. Pero mayor que todos estos, el miserable culto a Dios practicado por el estado espiritual es el peor de todos los pecados en la tierra, contrario a la majestad, el honor, la Palabra y la obra de Dios; y eso no solo queda impune, sino que reclama el mayor honor, riqueza, poder, amigos y todo lo demás en la tierra, como si fuera completamente santo, celestial y divino.

Pero para que esta carta no se alargue demasiado, mis queridos caballeros, y ya que he escrito mucho sobre este tema, ahora terminaré y humildemente les ruego en el Señor y les exhorto como amigo, con las palabras de San Pablo: “No recibáis la gracia en vano”. Pues está escrito en Isaías 49:8: “Te oí en tiempo aceptable, y en el día de salvación te ayudé. He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación”. La Palabra de Dios es clara y los llama; tienen razón y ocasión suficiente para prestarle atención, incluso por el bien de la riqueza temporal; el peligro de las conciencias y de los pecados diarios en la débil carne los urge; la imposibilidad de cumplir con el voto tonto los obliga; el estado y orden espiritual en sí mismo es inútil; no debemos esperar un concilio ni posponer el matrimonio hasta que un concilio haya decidido la cuestión, porque tenemos el mandato y la demanda de la Palabra de Dios; tampoco debemos retrasarnos y ver lo que otros están haciendo, sino que tú y cada uno deben abrirse camino por sí mismos, lanzarse al Jordán antes que el rey David, ahora que él viene de nuevo a su reino y su hijo Absalón, el rebelde, ha muerto. (2 Corintios 6:1-2) (2 Samuel 19:10).

Todas las cosas los instan, obligan, invitan e incitan en este momento; honrarán grandemente a Dios y a Su Palabra y darán a las conciencias débiles un ejemplo reconfortante, para que la Palabra de Dios pueda ser nuevamente guardada. No hay nada que les impida seguir este curso excepto la tonta opinión del mundo loco que dirá: “Bueno, ¿están haciendo eso los Caballeros Teutónicos?” Pero como sabemos que incluso el príncipe de este mundo ya está juzgado, no debemos dudar de que esta y cualquier otra opinión del mundo ya están condenadas ante los ojos de Dios. Solo sigan adelante con valentía y confianza; pongan a Dios ante sus ojos con verdadera fe, den la espalda al mundo con sus murmuraciones, sus objeciones fuertes y airadas, y ni escuchen ni miren cómo Sodoma y Gomorra se hundan detrás de ustedes o lo que les ocurre. (Juan 16:11).

Pero que el Dios misericordioso, que a través de Jesucristo nuestro Señor ha hecho que la luz de Su gracia vuelva a brillar sobre nosotros, ilumine, advierta y fortalezca sus corazones con el poder de Su Espíritu Santo, en fe firme y amor ferviente, para que en esto y en todas las demás cosas hagan Su voluntad paternal y bondadosa, para la honra y alabanza de Su santo Evangelio, para consuelo y ayuda de todos los creyentes en Cristo. A Él sean dadas gracias, alabanza y gloria por siempre. Amén.

La gracia de Dios sea con todos ustedes. Amén.

Texto obtenido de [https://media.sabda.org/alkitab-8/LIBRARY/LUT WRK3.PDF](https://media.sabda.org/alkitab-8/LIBRARY/LUT_WRK3.PDF) pp 211 - 324, traducido desde el inglés por Andrés San Martín Arrizaga, labor finalizada el 9 de septiembre de 2024.

[www.escriturayverdad.cl](http://www.escriturayverdad.cl)